

SAGITARIO Y LA META

Por Luisa Romero de Johnston

La nota clave del signo zodiacal Sagitario – “Veo la meta, alcanzo esa meta y veo otra meta” – representa como ningún otro lema astrológico la eterna lucha del hombre por alcanzar su destino, pues define las características del largo peregrinaje con el que el ser humano logra expresar la vida.

Allí está su historia, la historia de sus luchas, deseos, aspiraciones, de sus logros y fracasos, sus aciertos y errores, su alegría y desaliento y, por encima de todo, de su increíble capacidad para renacer de sus propias cenizas y convertirse en el triunfo final.

Así es el camino: llano y montaña, noche y día, altos y bajos, sucediéndose dentro de un proceso secuencial, periódico, siempre ascendente, demandante, estimulante, que encierra en sí el propósito de la evolución.

Las metas siempre han marcado la vida de los seres inteligentes. Primero son las propias del ser inferior: supervivencia, placeres, poder, conocimiento. Luego, a medida que madura y comprende lo efímero de esos valores, viene la búsqueda de lo trascendental, lo que está más allá de las apetencias cotidianas, lo que pertenece al mundo de lo espiritual.

Este cambio de orientación ocurre como cosa natural en virtud de las leyes universales y por la fuerza del impulso evolutivo que se potencia de manera cíclica y rítmica, repitiéndose hasta el infinito como todo en el Universo.

Cíclica es la expresión de la Vida que se alterna en manifestaciones objetivas y subjetivas, rítmicamente ascendentes, revelando en ese devenir la armónica correlación de etapas, períodos y hechos. Así también es la vida del hombre con sus ciclos mayores y menores bien establecidos, estrechamente relacionados, ordenadamente imbricados, en una hermosa secuencia de prevalencias que favorecen la evolución de los componentes menores hacia el predominio del ente superior.

En virtud de esos procesos, el ser evolucionante va siendo expuesto a diferentes influencias que se repiten periódicamente, secuencialmente, a manera de estímulos, cuyas propiedades orientadoras lo van conduciendo a través de la “rueda de la Vida” hacia un incesante crecimiento de conciencia. Tal es la importancia del paso por los distintos signos zodiacales, de recibir la influencia de sus fuerzas y energías condicionantes, las cuales deberán ser oportunamente sintetizadas en la búsqueda del estado de “totalidad en la unidad.”

Cada influencia zodiacal aporta sus propias características; así Sagitario se nos muestra como el signo del caminante, de aquel que busca el sendero y lo encuentra construyéndolo con sus propios pies. Signo especialmente relacionado con el ser humano, con su alma y cualidades, es el “signo del discípulo centralizado”; señala su orientación hacia la meta para trascender la identificación con la forma (el Centauro), y llegar a la expresión del Alma (el Arquero), para cambiar la ambición y el egoísmo por la “ardiente aspiración” y el altruismo, para dejar de ser el hombre-animal que arroja la flecha y convertirse en la flecha misma.

La flecha dirigida al infinito, la eterna intención de llegar a ser “aquello” que se vislumbra como “la meta”; la conciencia enfocada hacia su fuente, un anhelo constante, un

“crescendo” sostenido. La atención, el alerta, el pensamiento dirigido hacia un centro atractivo, presentido, intuitivo. La mente creadora construyendo de sí misma el camino, el camino de Luz y de Fuego.

Sagitario es un signo de fuego al igual que Aries y Leo, y concierne al fuego del alma espiritual, el fuego de la mente, el fuego que transforma y purifica. Y si en Aries emerge el fuego de la mente y en Leo se llega a ser consciente de la pequeña llama del Yo Superior, en Sagitario el hombre-discípulo aprende a aventar el fuego de su alma para que consuma los restos de aquello que ha sido trascendido.

El fuego del alma es una chispa del Fuego Original, de ese “Fuego Consumidor,” como ha sido definido nuestro Dios, quizás para dar a entender Su propiedad de gran fusionador, de gran sublimador, capaz de sintetizar en Su propia esencia a todo lo creado.

El Alma, como fuego, es la posibilidad del hombre para sintetizarse, para fundirse en el gran Fuego Cósmico; es la llama de la vida, la chispa de la mente y la conciencia. Por ese fuego, el Alma es la unidad vital del hombre, su capacidad de pensar, de crear, actuar, animar, vincular. Por esa condición, el Alma puede abrazarse con los otros fuegos de la manifestación y, en cumplimiento de su principal propósito como elemento atractivo, proporcionar al hombre el medio para que pueda unir en uno solo los otros componentes de su triángulo de fuego: el inferior de la materia y el superior del Espíritu. Así el hombre se convierte en la Unidad.

Alma es la llama de esa vida que ilumina y da calor a toda existencia, un fragmento de esa energía vibrante que por su potencialidad se ve obligada a la manifestación. Alma es chispa del “fuego de la mente,” el poder de la conciencia, la posibilidad de pensar y de crear, de llegar a conocer y conocerse, la garantía de que el hombre es un pensador, un creador y un seguro cumplidor de su destino.

El Alma actúa en función del verdadero ser como mente-conciencia y, así el hombre, como ser mental, desarrolla tal cualidad y establece relaciones; llega a conocer, a saber, pues, conciencia es intercambio, percepción con posibilidades de ampliación ilimitada.

Conciencia es cualidad fundamental del Alma, por la cual puede ser vinculado el par de opuestos, espíritu y materia, en una relación cuyo cultivo pleno es el Sendero.

A fin de lograr esa relación, el buscador se comporta como un núcleo de energía que, llevada al extremo, emprende el camino de retorno y comienza a ser consciente de ello. El buscador es el Alma. Es Ella, núcleo de la vida cósmica, la que rige la búsqueda, en un viaje complejo, difícil, dilatado e inevitable, donde el concepto de retorno es de consideración importante, porque habla de la vuelta a un origen, y reafirma la enseñanza sobre un Universo en eterno movimiento que constantemente se renueva a sí mismo gracias a su potencialidad ilimitada.

Al convertirse en buscador, el hombre comienza a percibir la atracción de ese centro de origen, esa Conciencia Una, rectora, omnipresente que subyace en cada ser, en cada creación.

El momento en que el hombre percibe la presencia del Alma marca el comienzo del camino del retorno consciente. Atrás han quedado las metas del yo inferior, las ansiedades de la personalidad; comienzan a vislumbrarse las metas elevadas: purificación, liberación, fusión, identificación.

Lentamente, paso a paso, el peregrino construye el Sendero. Lentamente produce de sí mismo la senda iluminada, el hilo de la conciencia que es el camino. El viaje es largo e incierto porque no está trazado un rumbo aparente, no hay una senda dispuesta para el apoyo de sus pies; sólo un llamado lejano resonando siempre en lo interior. El camino aparece a medida que los pies avanzan, sostenidos por la propia fortaleza, guiados por la propia luz.

Así se va tendiendo una línea entre modalidades extremas de la manifestación, se va restableciendo la relación aparentemente perdida entre causa y efecto. Aquello que la mente común interpreta como separado, alejado, sujeto a los efectos del tiempo y del espacio, resuelve esa aparente diferencia al entrar en la vía de regreso en la cual se van diluyendo las separaciones mediante el rescate de las cualidades originales.

El Sendero es el viaje a través de la mente, donde se construye con material mental y se desarrolla el pensamiento; donde se establecen nuevas relaciones, fundamento de las ampliaciones de la conciencia. Es la mente la que tiene la capacidad de percibir, imaginar, visualizar, construir, dirigir; de allí que, el buscador ha de lograr el enfoque mental, la ubicación en el plano de la mente, la dirección hacia el centro mental rector del hombre: su Alma. O sea, ha de buscar la fusión con el Alma, llegar a ser Alma. Esta es la obligación primera del ser humano.

En el largo camino hacia la unión suprema – su verdadera meta – el hombre debe establecer innumerables relaciones, cumplir infinidad de etapas estrechamente vinculadas con su triple naturaleza, con las correspondencias de esa triplicidad entre sí y con el Universo del cual forma parte.

Y así, su primera gran meta es la *transformación* de la personalidad, su purificación, su afinación con la tónica vibratoria del Alma a cuya expresión debe servir de vehículo perfecto. De esa manera, el Alma se libera de las limitaciones de la forma y actúa libremente, sin obstáculos, siendo ella misma una chispa del fuego solar que, en su potencialidad, anticipa su poder para llegar a ser ese fuego mismo.

Vale la pena reflexionar sobre la significación esencial de este proceso de liberación, pues, lo que está involucrado no es – de ningún modo – un procedimiento separatista, dissociador, sino un conjunto de acciones transformadoras por medio de las cuales aquello que es la antítesis de los valores espirituales es refinado para que sea afín a éstos y pueda traducirlos en el mundo de la expresión objetiva. Se trata de desarrollar una conciencia incluyente, al mismo tiempo sensible a los más altos valores espirituales y capaz de percibir, interpretar y asimilar como alma, todo lo que de divino encierran las múltiples formas de las manifestaciones inferiores.

Es, pues, un trabajo redentor, purificador, por medio del cual ocurre una trasmutación de energías y se forja un eslabón más de la cadena de la vida.

La segunda meta es la *fusión* de la personalidad con el Alma, la regencia plena del Alma que, simultáneamente, cumpliendo la Ley de Atracción trasmuta la energía del no-yo asimilándola a sí misma y, obedeciendo a la Ley de Síntesis, prepara su identificación con la Unidad Espiritual. Es el florecimiento del ser humano como tal, convirtiéndose en un ser intuitivo, centrándose en la mente superior. Es el Alma expresándose como centro equilibrado de la triple relación Espíritu-Alma-personalidad; el Alma, conciencia verdadera del ser que habita, garantía de la unidad.

La tercera meta es la *identificación* de ese núcleo de fusión Alma-personalidad, ahora Alma pura, con la Mónada, la esencia, la chispa del Fuego Divino. Esta etapa marca el paso de la

entidad evolucionante más allá del campo de conciencia propio del hombre, para adquirir la maestría y entrar en la dimensión de lo Supremo.

La conquista de estas metas es como un viaje a través del tiempo y del espacio; en su lucha por lograrla, el caminante une lo pasado con lo presente y se proyecta hacia el futuro; enlaza lo inferior con lo superior, creando un puente hacia lo eterno que se conoce técnicamente con el nombre de Antahkarana.

Cada meta lograda es el establecimiento de una nueva relación que no se produce como un hecho aislado sino como parte de un conjunto de aproximaciones, de encuentros simultáneos, de los cuales el primero es sólo anticipo y estímulo. Va generándose así, una sensibilización de la entidad evolucionante que, de esa manera, se va orientando como un todo hacia la unión total.

El concepto de relación es de importancia básica porque señala una condición intrínseca a la existencia. Todo lo que existe está interrelacionado y es parte de una unidad total. Esto hace resaltar dos hechos fundamentales: 1) la existencia de un elemento de relación y, 2) el mecanismo por el cual actúa. *El elemento para la relación es la conciencia* – cualidad del Alma, de la mente; *el mecanismo de acción es la creatividad mental*, la capacidad que tiene la mente para crear en materia mental y para establecer los puentes, los hilos de unión entre cada instancia de la manifestación.

El hombre repite en pequeño el gran acto creador de Dios, la Mente Suprema, Quien ha dispuesto que esa creación Suya lleve en sí tal capacidad; por eso el ser humano es el pensador, el que tiene la facultad de pensar, de crear, la cual puede desarrollar por propio esfuerzo pasando así de un estado primitivo, cerrado, gobernado por la mente inferior, a un estado de apertura regido por la mente superior, en el cual adquiere el derecho de ir construyendo su propia vida, como parte y en función de la Vida Mayor.

En esto reside la grandeza del pensador, y también su grave responsabilidad, porque a medida que avanza en el sendero evolutivo se hace copartícipe de la creación, se amplía su influencia que va pasando de su propio limitado círculo a un ámbito cada vez mayor.

Creatividad y conciencia – creación y relación – son, pues, cualidades de la mente, su potencialidad para producir manifestaciones aparentemente individualizadas, pero estrechamente relacionadas en su “unidad esencial,” ya que emanan de una misma y única fuente y por lo tanto participan de la misma esencia.

La penetración en estos conceptos ha de llevarnos a la comprensión del principio fundamental de “unidad en la diversidad” aplicable a toda existencia, y a realizar el duro trabajo de entrar en esa idea y hacerla realidad en nosotros. Esa es una de nuestras grandes metas, que lleva implícito el hecho de que cada manifestación encierra en sí la potencialidad propia de la fuente de la cual emanó, y que determina la fusión de los muchos y su oportuna abstracción en la Unidad.

La búsqueda de la unificación señala el carácter global del sendero espiritual, que se revela trazado no sólo en un sentido estrictamente vertical – como pudiera suponerse cuando se habla de la búsqueda interior – sino como multidireccional por tratarse de un proceso integral. Así, el trabajador espiritual constantemente demuestra ser parte del mundo de relaciones ya mencionado y actuar de acuerdo con sus leyes. El vive y demuestra el perfecto intercambio que ocurre entre su mundo interno y su expresión externa, acentuando el carácter dinámico del sendero, su condición de acción objetiva tanto como subjetiva, de equilibrio entre la aspiración y

las acciones que, como resultado lógico de la ideación, deben ser puestas en marcha, plasmadas en hechos prácticos a nivel de los planos de expresión de la vida común.

De esa manera, el hombre espiritual puede mostrarse de modo natural en el mundo cotidiano, y las experiencias de cada día verse convertidas en estímulos para la reorientación de la conciencia. Esta perfecta interrelación es la marca del verdadero servidor.

De acuerdo con esto, *servicio* debe ser comprendido como un estado de equilibrio que permite el libre flujo de la vida del Alma; como la natural floración de las cualidades espirituales para enriquecer al mundo en el cual se mueve el servidor; la expresión de las vivencias más elevadas en una correcta vida de relación. Es contribuir a la transmisión ininterrumpida de la vida divina, es la Ley de la Fraternidad en expresión cabal.

Es la identificación del actor con la acción misma, la entrega sin reservas; la entrada en la corriente de la Vida, en el océano de la Vida; el acatamiento consciente, puro, intuitivo, de la Ley; la consagración al cumplimiento del Plan; la unidad de propósito del buscador dedicado con la idea original. La orientación hacia el Centro.

Detrás han de quedar los deseos, los anhelos, los espejismos e ilusiones. Ahora es el trabajo del Alma, excelso en su pureza; la flecha misma del Sagitario triunfante, libre del Centauro y del Arquero, dirigiéndose segura hacia su blanco que – en último término – es la identificación con la mente de Dios y la suprema abstracción en su potencialidad vital.

Que no desmaye la mano que tensa el arco y arroja la flecha
de la que surge el camino.

Que se mantenga fija la mirada en la Senda que se abre
y firme el pie que la recorre.

Que caminante y camino sean uno sólo,
tras la flecha que marcha siempre adelante!